

¿UN CRISTIANISMO PARA TIEMPO DE REVOLUCIÓN?

El evangelio nunca puede quedar preso de ningún momento histórico determinado. Al contrario, su misma dinámica le lleva a encarnarse en todo tiempo y lugar, originando así diversos tipos de espiritualidad cuyo punto de referencia es siempre e irrenunciablemente el mismo: el misterio de Cristo. A una situación de cambio --como la que vive hoy América Latina-- ha de corresponder una espiritualidad del cambio. Tras plantear esta delicada cuestión, el autor subraya aquellos valores evangélicos que deberían inspirar este tipo de espiritualidad cristiana al servicio de un continente que busca su liberación.

¿UN cristianismo para tiempo de revolución?, Nuevo Mundo, 7 (1972) 10-18

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Al preguntarnos sobre las características que podría o debería tener el cristianismo en situaciones revolucionarias o pre-revolucionarias -como son las de América Latina- debemos evitar un equívoco. No existen varias clases de cristianismo. El cristianismo queda siempre uno, tal cual se irradió de las palabras y de la persona de Jesús. Y la vida cristiana queda siempre como la opción fundamental del hombre a seguir a Cristo muerto y resucitado.

Participar en la Pascua de Cristo es, por lo tanto, la única definición posible de la espiritualidad cristiana. Su norma y referencia no radica en ideologías, sino sólo en el evangelio. Y éste nos dice que la espiritualidad cristiana está marcada por su origen bautismal: ser consueptados con Cristo para vivir una vida nueva (cfr. Rm 6,4). Así, el cristianismo es una dialéctica pascual que asume todos los acontecimientos de la historia personal y de la humanidad como una entrada progresiva de cada hombre y de la sociedad en el misterio de Cristo resucitado. De aquí que la historia misma es siempre una llamada a despojarse del egoísmo para hacer crecer el hombre nuevo.

La espiritualidad cristiana pone así de relieve, por el dinamismo pascual que la define, valores evangélicos diferentes según tiempos y espacios y según las propias experiencias personales. En este sentido se puede hablar de "cristianismo para" ciertos tiempos o ciertos cristianos, y asimismo de diversas "espiritualidades". Un Francisco de Asís se unió a Cristo de una manera diferente a como lo hará, por ejemplo, un matrimonio.

Lo mismo puede suceder con los procesos históricos en que se encuentran sumidos los cristianos. Los hechos, situaciones, valores y contra valores se presentan a menudo como verdaderos "signos de los tiempos" que el hombre de fe debe captar e interpretar en toda su significación para incorporarlos a su vida. Ello creará en él un estilo de vida cristiana que lo llevará a ser testigo de Cristo "hoy" de una manera acorde con el proceso histórico que vive. De las Cruzadas nació un cristianismo "de cruzada"; el descubrimiento de América dio lugar a un cristianismo marcadamente misionero; el siglo XIX, de adhesión y defensa incondicional de la Iglesia.

Esto no es oportunismo, sino todo lo contrario, es algo inherente a la dimensión encarnatoria de la fe cristiana. Se trata de un evangelio capaz de asumir toda cultura y todo proceso histórico, creando nuevas formas de expresar la fe y el proceso pascual de la vida cristiana en toda circunstancia, y, por tanto, también en tiempo de revolución.

Este es el desafío de la actual generación de cristianos latinoamericanos. Para ellos el cambio social es un hecho y se comprometen más y más en él. La revolución se ha hecho parte normal de su horizonte y de su opción social, aunque sus ideologías varíen y aunque tengan como contrapunto una educación cristiana recibida para tiempos de estabilidad social. El cambio socio-cultural hace que aquel "cristianismo" entre en crisis y que la espiritualidad que lo nutría ya no calce en la nueva situación. Y en esto consiste el desafío para el cristiano: crear una "nueva espiritualidad", resituar el evangelio y sus valores en el nuevo momento histórico para expresar en una nueva síntesis evangélica sus relaciones con Dios y con los demás.

El cristiano latinoamericano de hoy sigue llamado a una conversión constante; pero no sólo personal, sino de la sociedad injusta en que vive. La voluntad de Dios no se le "da hecha", sino que con su acción ha de responsabilizarse de que la sociedad y su historia salgan al encuentro del plan de Dios.

No se trata de un cristianismo o de una espiritualidad "revolucionarios". Eso sería temporalizar el evangelio y reducirlo a una ideología. Se trata de dar al cristianismo actual toda la savia y fuerza posibles, que ya tiene en el Espíritu, a fin de hacerlo capaz de acompañar eficazmente los cambios, dando a éstos nuevas energías y nuevos horizontes. Una nueva espiritualidad que permita al cristiano vivir y crecer en su fe para así "evangelizar" los valores de la actual situación en un contexto social asombrosamente nuevo.

LA ESPIRITUALIDAD DEL CAMBIO

En tiempos como los que vivimos hay que empezar por preguntarle al evangelio cuál es el sentido del cambio, de la revolución, de la violencia, de la muerte, de la reconciliación, supuesto que éstos son rasgos fundamentales que marcan la historia latinoamericana.

En este terreno el evangelio no da métodos ni programas de acción. Nos da, en cambio, el significado que esto tiene en el plan de Dios Salvador, según la dinámica de crecimiento que recibe luz de la Pascua de Cristo, paso de muerte a vida. Más aún, el evangelio nos permite introducir dos elementos esenciales para comprender plenamente las transformaciones actuales y para vivirlas pascualmente: el de *resurrección (liberación)* y el de *fraternidad (reconciliación)*, ambos como la meta final que exige de la espiritualidad cristiana del cambio el empeño en que ello sea realmente posible. Crear un dinamismo en el cual la muerte -toda transformación social- no tiene sentido sino en vistas a una nueva vida, a un nuevo hombre y a una nueva sociedad.

El empeño del cristiano -sal y luz en la sociedad cambiante- ha de ser que todo cambio, incluso toda lucha, desemboque en la reconciliación. Y esta reconciliación fraternal de adversarios y grupos será la prueba de que la liberación pretendida con la revolución fue eficaz, y de que el cambio lleva a más vida y libertad.

Veamos seguidamente algunos temas cristianos que, debidamente valorizados e incorporados al proceso histórico latinoamericano, serían capaces de crear una mística y una espiritualidad al servicio de una América Latina que busca su liberación.

Principales valores evangélicos de esta espiritualidad

1) Una gran confianza en que el actual proceso histórico latinoamericano forma parte de la realización del plan de Dios como *promesa*.

Toda la revelación de Dios es una promesa de salvación integral que se va realizando en la historia y que alcanzará su cumplimiento definitivo en la parusía. Ningún momento histórico es capaz de agotarla, sino que por ella el cristiano está siempre abierto al porvenir. Esta actitud de apertura incluye una no-instalación y una crítica radical de toda situación que pretenda "idealizarse". Por ello, el creyente, enraizado en la promesa, es un insatisfecho ante cualquier situación actual y es fermento de cambio en una sociedad que tiende a autoidealizarse (cfr. Mt 5, 3-12).

2) La promesa nos mantiene en tensión de cambio porque esperamos el advenimiento definitivo del *reino de Dios*. Este Reino, que se inicia en la historia y del cual forma parte el actual proceso histórico latinoamericano, es la expresión permanente del poder de Dios que se manifiesta por la victoria del hombre nuevo sobre el hombre viejo, de la sociedad justa sobre la injusta, en la dialéctica pascual del paso de muerte a vida. Así, pues, el testimonio cristiano cuestiona todo falso mesianismo e impulsa constantemente a los hombres al cambio, a fin de que los valores del Reino se vayan realizando lo mejor posible en cada momento histórico.

3) Por eso la espiritualidad del cristiano comprometido se fundamenta en la *esperanza*, es decir en la actitud de creer que lo que actualmente parece difícil o imposible -la liberación total del hombre, la fraternidad universal- será más tarde posible por la fuerza de Dios (Hb 1, 11ss; 2Co 4, 18). Y esta certeza nutre a la tarea del cristiano de un impulso y un optimismo incansables.

Esperar es también recoger las señales de los cambios que vienen, disponiéndose positivamente y reorientando permanentemente la existencia en vista de los mismos. El cristiano tiene entonces la certeza de trabajar por una meta real -y no por una utopía- y será capaz de superar las frustraciones de los "pseudo-cambios" y de los fracasos, irradiando así el dinamismo incansable de su esperanza (Rm 5, 4ss).

4) Aplicar la permanente exigencia de *muerte y resurrección* en Cristo para una vida nueva a las circunstancias actuales de Latinoamérica. El cristiano comprometido debe ver, en las destrucciones y desgarramientos que traen consigo los cambios, la "Pascua latinoamericana"; la posibilidad, a causa de Cristo, de realizar una nueva sociedad mejor, aunque provisoria. Es, en el fondo, descubrir la Pascua desde su ángulo secular: la muerte y resurrección no es algo meramente místico o ascético, sino que también cristaliza en el cambio social; es descubrir hoy a Dios, su "presencia" y su "paso", en los hechos políticos, culturales y también en las revoluciones sociales.

5) Para ello el cristiano necesita ahondar el sentido de la *conversión*. Ella es la única preparación posible para entrar en el Reino y participar en el misterio de la Pascua. Pero

la conversión según el evangelio implica la "justicia" (santidad en sentido bíblico); y esta justicia alcanza las estructuras injustas de la sociedad latinoamericana, donde también ha cristalizado el pecado. Una conversión no sólo personal, sino también social.

6) En América Latina habría que colocar la actitud espiritual de la *novedad* como dominante en un "cristianismo para tiempos de revolución". Un tema central en la teología actual (GS 22, 39; Asamblea de Upsala) en el que se revaloriza a Cristo como el que "hace un mundo nuevo" (Ap 21, 5). La obra de Cristo aparece como la renovación de todo, hombre y sociedad, como novedad permanente. No sólo en el sentido de distinto, sino en el de radicalmente renovado, el "nacer de nuevo" de Jesús a Nicodemo (Jn 3, 6). Sólo el cristianismo aporta una novedad tan honda y radical, de manera que el "hacer nuevas todas las cosas" -objetivo de toda auténtica revolución- no quede en utopía. El espíritu cristiano de novedad influirá para que el hombre nuevo que se busca, no sólo sea distinto, sino realmente mejor; para que la nueva sociedad sea verdaderamente más libre y más fraternal.

7) La *libertad cristiana* es uno de los frutos permanentes del mensaje de Cristo y de la efusión del Espíritu Santo sobre los creyentes. Es un valor capaz de tomar nuevas formas y expresiones según el momento histórico. Y precisamente en estos tiempos debe desarrollar todo su impulso creador, más allá de todo condicionamiento humano. Pues la libertad cristiana consiste en no quedarse, en definitiva, con ninguno de los bienes presentes, y en crear un bien nuevo a impulsos del amor y del Espíritu. Por ello es capaz de inspirar al hombre latinoamericano de hoy -que está bajo el imperativo de liberarse- nuevos valores culturales; capaz de crear nuevas formas -más libres- de convivencia social; capaz de impulsar la construcción imaginativa y original de una América Latina mejor.

8) La meta del hombre y de las sociedades es, según el evangelio, la de crear entre todos una verdadera *fraternidad*. La fraternidad cristiana es la cara histórica del reino de Dios que ya comenzó. Supone una comunión de hermanos, de hombres libres; supone la convicción de la común paternidad de Dios, de Cristo como el Hermano Universal, de María como Madre de los hombres, y por lo tanto de la fe como el núcleo invisible de esta hermandad; supone, en fin, un dinamismo de amor y servicio universales, privilegiando a los más pobres y oprimidos.

La espiritualidad del cristiano debe dar al movimiento revolucionario las características originales de la fraternidad según el evangelio. El cristiano sabe que la fraternidad no es sólo una obra humana, sino que es un don del Padre, que en Cristo muerto y resucitado "reúne en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52).

9) ¿Necesitamos insistir en las "actitudes espirituales latinoamericanas" que requieren en el cristiano comprometido un valor tan esencial como la *caridad*? Más allá del servicio y ayuda a las personas, pero sin olvidarlo, la caridad debe revestirse de eficacia y esfuerzo político-social para suprimir las causas y condiciones de la pobreza y de la opresión. Caridad eficaz en elegir, por amor y deseo de servicio, los medios más "técnicamente conducentes" para la transformación de la sociedad injusta: la programación, el compromiso político, la denuncia, etc. Es la forma como el creyente de hoy da la vida por sus hermanos.

10) La caridad hace al cristiano *solidario*: todo lo humano es asumido por el cristiano (cfr. GS 1) . Pero esta solidaridad es histórica, y en América Latina está hoy marcada por el *partido de los pobres*, por cuyo amor de privilegio el creyente deberá cultivar una forma particular de *pobreza*: la del compromiso. A una actitud de pobreza solidaria con y entre los marginados, el cristiano agrega hoy la pobreza del compromiso: la de luchar por la liberación de los pobres, la de oponerse a toda pobreza que oprima y promover la pobreza que libera, la de las bienaventuranzas.

Conclusión

En una situación secularizada y de cambio revolucionario, el creyente ha de saber lograr una síntesis de fe de los valores evangélicos mencionados y vivirlos en medios no religiosos y de ambigua lucha social. Para ello, el cristiano comprometido necesita tener algo de *contemplativo*. Más aún, el futuro del cristianismo en América Latina lo exigirá de todo creyente.

Contemplativo significa aquí la experiencia espiritual de una fe en contacto asiduo con el evangelio y la eucaristía, que ha sido capaz de salir de un contexto puramente religioso, y ha encontrado a Dios y a su Cristo, Señor de la historia, como una presencia oscura pero cierta, en la historia de América Latina. Historia hecha de cambios y revoluciones, pero claramente comprensible en el misterio pascual de Cristo para el creyente capaz de reconocer en ello la grandeza de un Dios que es más grande que los cambios y en cuyas manos vivimos entregados totalmente.

Condensó: CONCHITA CIRARDA